

LA LIBERTAD CATÓLICA.

CONCEPCIÓN, MAYO 11 DE 1878.

LAS ESPERANZAS
DEL PARTIDO LIBERAL.

La reunión de los conservadores de Valparaíso, ha dado origen a una serie de artículos de la prensa liberal, en los que se insulta a aquel partido i a los que tuvieron la desgraciada ocurrencia de reunirse para alentarse.

Como insultos no son razones, mejor le habría estado a la prensa liberal, empezar por donde esa serie de artículos ha concluido, que ha sido por llamar también a las leyes de su partido i a los soldados de su causa a formar filas i marchar contra el enemigo.

Preguntamos, ¿quién es irán a agruparse bajo esa bandera liberal? Quienes? Todos, se nos contestará, los que no sean clérigos ni conservadores, ¿y qué vais a hacer, hombres de Dios, con ese *todos* que os llena la boca i que nadie grande representa, porque se divide hasta lo infinito? Flamean estandartes errazurizas, amuniteguistas, matistas, alianistas, nacionales, liberales i reformistas. Cada uno de esos partidos tiene su ambición i persigue su fin, enderezando a todos sus pasos i a lo sacrificando, muchas veces, las decantadas ideas o principios liberales.

¡Ah! Sabemos lo que quieren los que recogieron la herencia del ex presidente don Federico Errázuriz, lo que quieren los que marchan con el Ministro de Justicia a la cabeza i los radicales domesticados con Matta, como así también conocemos los deseos de los nacionales liberales i reformistas.

I después de todo eso en nada más que en una cosa están acordes. En el odio común i cordial aborrecimiento al partido que tiene, en alto levantada, la bandera del principio católico.

Lo aborrecen porque ven en él un obstáculo a sus mezquinas ambiciones; i lo aborrecen en principio, porque la verdad rechaza el error. Hace mucho tiempo a que los liberales se hubiesen repartido de cuanto dinerillo hubiera habido en las arcas nacionales, si los conservadores no lo impidieran con su criterio, que debe ser muy molesta a los liberales, i con sus alertas al país.

Desgraciadamente para los liberales, el Erario está pobre; lo que es una razón más para creer que, aunque la prensa de ese partido llame a las armas a todos sus servidores, no logrará reunirlos i formar con ellos un gran partido. Si el gobierno, que dispone de todos los empleos, i puede usar de todas las influencias, no les presta su apoyo, todo ese jirigante de piernas de barro, que se llama así mismo gran partido liberal, vendrá por los suelos; i las pequeñas como las grandes ambiciones quedarán burladas. Entendiendo esto los liberales, es seguro que a la hora en que esto escribimos, estarán arrastrándose por los salones de la Moneda i besando los pies al Jefe del Gobierno, para obtener de él una fuerza que no tienen.

De otra manera el triunfo del liberalismo en nuestra patria es imposible. Separados del gobierno que en época de elecciones viola todas las leyes i conculta todos los derechos, es decir, tener por protector al abuso i a la infamia, ese sarcasmo de partido, ya se llame partido radical, errazurista, alianista o reformista, es una eterna nulidad. Nulidad en fuerza, nulidad en prestijio, nulidad en principios e ideas.

Las esperanzas de los liberales están, pues, fundadas en el gobierno. El cree el gobierno que el país de-

sea el triunfo de ese funesto partido que todo lo ha destrozado i derrochado, la dignidad i la honra de la patria en el exterior i la riqueza pública?

FELICITACION

DE LOS ECCLÉSIASTICOS DE CHILLAN AL SEÑOR
OBISPO DE MARTIOPOLIS,

Chillan, mayo 1.º de 1878.

Ilmo. Señor:

Admiradores sinceros de las dotes i esclarecidas virtudes que han hecho de la vida de V. S. I., un dechado de perfección sacerdotal, vemos con gozo que Dios ha coronado al digno Dispensador de sus misterios con la unción sagrada del episcopado, confiriéndole una nueva i sublime misión.

Esta obra de cumplida justicia es además para nosotros el logro precioso del Padre querido de nuestras almas que, al abandonar la universal grei, nos dejará como una prenda de predilección a esta tierra por él mil veces bendecida i que es nuestra amada Patria.

Vuestro desir empina hoy vigorosa el cayado que, bien lo sabemos, no temblará en vueltas manos al regir la Iglesia de Dios, que El se adquirió con su sangre.

Un Pontífice tan manejó nuestros tiempos, os dirímos Ilmo. Señor, recordando al Gran Apostol: *Talius enim decebat ut nobis esset Pontifex, sonitus, in dicere, imputatus, segregatus a pueris.*

Con una vida inmaculada ilaboriosa, Padre maestro de una generación de Elejidos, que jamás tomó asiento en el consejo de los malos, convenció, era necesario, que se vierá en sus sienes ceñido por la Mitra del Pontificado que, perdonad lo os digamos Ilmo. Señor, os sienta bien, magníficamente bien.

Dignese pnes, aceptar, V. S. I. con la manifestación de nuestras respetuosas felicitaciones por vuestra exaltación, el voto supremo que del fondo de nuestras almas elevamos a Dios, Nuestro Señor, por el sauto i giroso gobernante de V. S. I.

Besan reverentes i afectuosos el anillo de V. S. I.

Vicente A. Las-Casas.—Fernando Cuatíño, presbítero.—Gregorio Ampuero, presbítero.—Antonio José Quezada, presbítero.—J. Abejón Lagos, presbítero.—Juan de la Cruz Jiménez, presbítero.—Demetrio José Leiva, presbítero.—Federico Quijano, presbítero.—Fr. Estanislao María Leonetti, prefacio apostólico.—Fr. Benedicto Spila, guardian.—Fr. Vicentino Palavincino.—Fr. Francisco Uribe B.—Fr. Rafael Venegas.—Fr. José María Quezada.—Fr. Domingo A. Carrasco.—Fr. Daniel Correa.—Fr. Manuel Cerdá.—Fr. Ezequiel Triviano.—Fr. Infantez Carrasco.—Fr. Buenaventura Gacitaña.—Fr. Francisco Arias.—Fr. Agustín Venegas.—Fr. José Luis Carrasco.—Fr. Juan Bautista Gacitaña.—Fr. Miguel Luco, prior.—Fr. Domingo Cabrera, S. O. P.—Fr. Antonio Faundez, comendador.—Benito Plasse, superior de los Lazaristas.—Agustín Solacruz, Lazarista.—Bernardo Maillard, Al Ilmo. Señor, Obispo de Martíopólis, Dr. don Joaquín Larraín Gundarillas.

PODER DEL ARREPENTIMIENTO.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espíritu con que fueron escritas. Si os faltá la fe de la carne, no os faltará la de la alma; pero si os faltá la carne, no os faltará la alma. No tiene el corazón peor enemigo que la carne.—*Al zanbre de Lexington.*

Había un señor, rico i poderoso, que vivía en su castillo, del cual no salía sino para guerra, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos i robar a los viajeros. Era tan malvado i cruel, que nadie humano lo había querido en su corazón más que el amor a su mujer apasible i bella criatura, que pasaba los días i las noches llorando las malidades de su marido, i pidiendo a Dios que se la perdonara. En vano su marido le rodeaba de cuantos goces dan el lujo, i la riqueza; de nada disfataba la humilde señora, nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades, parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres cuando se enojó su resistencia, las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos; todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella terrible noche. El señor del castillo aun no había vuelto de su correría, i su angustia expresa rezaba.

Oyése llamar a la puerta, i poco después un criado entró en la estancia i dijo a su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frío i de necesidad, perdidos en aquel país agriduro, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un estable. La

11 Mayo 1878

LA LIBERTAD CATÓLICA.

buenas señoras se sobresaltó, porque sabía que su marido odia a los religiosos; i le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía a hacer sin su beneplácito. Pero como rehuir a los santos varones una suplica tan humilde?

—El señor no lo sabrá, dijo el buen criado, que al ver a su señora suspensa, advinieron sus pensamientos, i al rayar el dia se irán.

No bien hubo salido cuando sonó una trompeta, i el galope de los caballos anuncio la llegada del señor. A poco rato entró, i despues de haber trocado su armadura, teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado en ricas pieles, se sentó con su mujer a una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bujías blancas, flúas, suaves como virgenes, encienden una melancólica i pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un traje de terciopelo verde, bordado de oro i pedrería, no cesaba el resplandor de la lucidez que reflejaba en los brillantes que cubrían su frente i en las lágrimas que surcaban sus mejillas como ojos adorno más, porque eran de aquellas con que el corazón hermoso se rostro.

—¿Qué tenéis? le dijo su marido, con cariño.

No respondió.

—Tenías por mí en esta noche de estío un pantoso temporal? Pues fuera temores, ya tenías aquí tanto i salvo, pésame Satans.

La hermosa castellana no respondió i seguía llorando, porque las lágrimas son hermosas bien avinadas; a una sigue otra, en pos de una, sin mit.

Peró él, a quien su angel bueno había guardado en su corazón el amor a su mujer, comió una dázcara de salvación, se aflijó de verla llorar i le dijo:

—Contadme, señora, lo que os aflige, i juro por mi espada enojar vuestras lágrimas si estás en mi poder hacerlo.

—Señor, respondió su mujer, lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras este llanto se levanta vivo i alegre, i nos envía su calor como una caricia, otros tritan de frío; mientras estos manjares existan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros señores, densos hambrientos, se anula mi garrucha i no puedo comer...

—Pero, señora, le dijo él, ¿quién sabéis que se está muriendo de frío i de hambre?

—Dios pobres religiosos, señor, que me pidieron asyllo i que están en la caballeriza.

El marido echó el ceño.

—Prártiles dijeron, holgazanes, pascistas, pardaños, que querían regalarlo a mis espaldas.

—No han pedido más que un techo i un poco de paja.

El castellano llamó a un criado.

—Oh, señor señor, dijo sollozando la castellana; no los heches fuera, acordaos de vuestra promesa.

—Perdí cuidado, contestó el marido, comieran, se calentarán i además me sirvirán de diversion. ¡Ya verás!

Mando en seguida a los criados que los trajesen a presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fría i opaca niebla que levanta la noche de un pantano a los primeros rayos del sol, cuando se presentaron a su vista los religiosos; por un impulso involuntario se puso en pie, i la impura chanza que se asomaba a sus labios trascendió como una serpiente que se enoja i se vuelve a su cueva. Ello era que había en el rostro del muchacho, en los cabellos blancos que coronaba su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la seriedad de sus ojos, en la gravedad de su boor, una dignidad que impóna, una mansedumbre que atraía, un poder capaz de sojear i conmover una alma corrompida.

Mandóles el señor sentar a la mesa, i guardaron todos silencio por un breve rato.

Peró el religioso fleí asu misión, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde había sido desterrada, quedando encerrada en el corazón de la castellana como en un santuario.

Calabla el señor i escuchaba mirando a su mujer que con ansiosas miradas i cruzando sus blancas manos miraba al sacerdote, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvación,

mientras que sus labios murmuraban: ¡Bendito es el que escucha!

Concluida la cena cojío el castellano una vela alumbró i llevó el mismo a sus huespedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron a dormir en ellas, diciendo que...

Entonces el señor bajó a la caballeriza, i volvió cargado de paja, que estendió en el suelo.

—Padre, dijo rompiendo con un jeneroso esfuerzo el hielo de su corazón, yo quisiera volver a Dios; pero es imposible que el Señor me perdone mis culpas.

—Aunque vuestros pecados, repuso el sacerdote, excediesen en nº, nro a los granos de arena i las estrellas del cielo, todas las horribles i el arrepentimiento i las penitencias i la clemencia de Dios; por eso el pecador enredado no tiene disculpa, i eso es lo que formará su eterna desesperación.

Entonces el castellano, arrodillándose,

confesó sus pecados mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos sobre la paja en que se había arrullado.

Cuando el misericordioso, se quedó dormido, sintiése trasportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien i el mal; un alma iba a ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infarnal, con su insolente triunfo, pasó en una balanza el etimológo de sus iniquidades. Los angeles luminosos se cubrieron la cara con horror i compasión. El alma judio con dolor. Entonces se acercó el angel de su guarda, ese angel tan dulce, tan paciente i tan bello; ese angel que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la humildad en la mano, la oración en los labios; trajo algunas pálidas migajas de lagrimas i las puso en el plato puesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó a la mañana siguiente, halló el castillo en consternación.

Preguntó la causa.

El castellano había muerto aquella noche.

FRANCISCO CABALLERO.

HECHOS DIVERSOS.

Almanaque.—Domingo 42.—El Patrón de San José, santo Domingo de la Calzada i Santa Dominga, virgen.

Lunes 43.—San Pedro Regalado, san Juan Sifenciario, obispo.

Martes 44.—San Narciso, mártir.

Miercoles 45.—San Isidro, labrador, i san Cecilio, mártir.

Noticia de turno en la semana la del señor Pauli.

Matrona de turno en la semana la señora T. J. Cádiz de Vázquez.

Sabemos que a causa de los últimos aguaceros se han perdido en Palomares muchas siembras de papas.

Algunos agricultores pierden más de mil pesos con las pérdidas de sus chacaras.

Los días están de mal en peor; el tiempo no tiene miras de componerse.

Espacios fantásticos.—Un nuevo espectáculo tenemos en Concepción para divertir los momentos de ocio. Lectores, con cuarenta centavos os introducís en el salón donde se hallan los espacios fantásticos: mira en ellos i os reis a costa de vosotros mismos. Que tall!

Reírás de los demás es seguramente una cosa muy poco caritativa, pero reírse de uno mismo es, sin duda, más halagüeño, por la memoria provachosa.

Se encuentra una compañía de aeróstatos i que esta noche durarán su primera función. El local que han elegido es la Casa de Provisión.

Tomamos de *El Ferrocarril* el siguiente párrafo acerca de la inauguración de la Casa de María:

«El domingo, a las nueve i media de la mañana, principia la fiesta de inauguración de la preciosísima iglesia gótica de la Casa de María.

Ocio la misa el señor Jorge Montes, vicario general, sirviéndole de diácono i subdiácono los señores presbiteros Grossi i Pio Plaza.

Concluida la misa, pronunció el sermón el señor obispo de la Concepción.

Personas de todas las clases sociales habían ido, atraídas principalmente por la palabra elocuente del señor Salas, i la que se retiraron sumamente complacidas de oírlo. El tema del sermón fueron las palabras de Jacob: «Estas es la casa de Dios i la puerta del cielo.»

Dijo más de una hora i en este tiempo el auditorio estuvo pendiente de la palabra del señor Salas, admirando esa elocuencia natural, que se remonta sin esfuerzo i sin aparato, con la mayor naturalidad, i en un tono siempre solemne, desde la sencillez de la plática hasta las mas sublimes concepciones del espíritu.

La elocuencia del señor Salas está en la apertura de su apoyo. Los que lo oyeron hace dos años admiraron los progresos de esa voz, siempre simpática, conmovedora i poderosa.

A las once i tres cuartos terminó la fiesta desposos de hermosas plegarias cantadas por las jóvenes de la Casa de María.»

Elementales desgracias.—El telegrafo ha comunicado anche la triste noticia que publicamos a continuacion:

Don Juan Guillermo Gallo se ocupaba en hacer la entrega del fondo de la Higuera a su dueño don José del Carmen Buzeta, i parece que ya antes había habido algunas cuestiones que traían malo contrariado al señor Gallo con respecto al señor Buzeta.

Cantidades i enseres entregados a éste último por Gallo i que aquél había dicho entregar más tarde i que no creyó oportunamente entregar en el dia que se le pidió, parece que fué el origen de la reyerta que tan feroz resultado trajo mas tarde.

El señor Gallo tomó un revólver i disparó contra el señor Buzeta que cayó herido de muerte a sus pies, exhalando a los pocos minutos el ultimo suspiro.

Acto continuo el señor Gallo se disparó dos tiros que lo quedaban en el revólver, pero los otros habían ultimado al señor Buzeta, pero no alcanzó a suicidarse.

Se cree que el señor Gallo ha obrado en un acceso de locura, i ahora mismo se halla bajo una impresión de enajenación mental.